

La fe inocente de los niños (2)

¡Y sucedió lo inesperado!



En el número anterior, iniciábamos la narración de esta interesante historia contada por Maria Winowska, según el testimonio del P. Norbert, quien recordaba los hechos acaecidos en una escuela húngara, cercana la Navidad de 1955. La maestra estaba poniendo a prueba la fe de las niñas de su clase: «Si el Niño Jesús existe, oirá vuestra llamada. Gritad, pues, todas juntas y muy fuerte: “Ven, Niño Jesús”. A la una, a las dos...».

Las niñas, cabizbajas, no se atrevían a hacerlo. Aquel silencio lleno de tensión quedó roto por el estallido de una sarcástica **carcajada** de la maestra.

—Aquí es a donde quería yo haceros llegar. Aquí está mi prueba. Vosotras no os atrevéis a llamarle, porque sabéis bien que **él no va a venir, ¡vuestro Niño Jesús! Y si no os escucha es porque no existe**, como Caperucita Roja o Blancanieves; es porque no es más que un mito, una historia para mujeres buenas que ronronean junto al fuego y que nadie se toma en serio, porque no es verdadera —proclamaba doña Gertrudis, triunfante.

Las niñas, calladas y desconcertadas, pensaban que aquél parecía un argumento de peso. Si el Niño Jesús existe, ¿por qué no se le puede ver?

Sucede lo inesperado

De repente, **sucedió lo inesperado**. Ángela se colocó en medio del aula —se entiende que entre las niñas, alejándose de la pizarra y la maestra— y con un brillo en los ojos dijo:

—Pues bien, **nosotras lo llamaremos. ¿Me oís? Todas juntas: ¡Ven, Niño Jesús!**

Las niñas dudaron un poco, pero Ángela lo pidió de nuevo y ellas repitieron el llamado: «¡Ven, Niño Jesús!».

La narración de Winowska, a partir del testimonio del párroco, es detallada, y al parecer se basa en **la narración de varias de las niñas, no sólo de una**, ya que habla de lo que «contaban después».

«Las niñas no estaban mirando en dirección a la puerta. Su vista la tenían dirigida al frente, hacia Ángela. Entonces, **la puerta se abrió silenciosamente**. Las alumnas miraron sin querer hacia la entrada del aula, cuando —como contaban después— **“toda la luz del día huyó de repente hacia la puerta”**. Esa claridad se hacía cada vez más intensa, hasta que al final **se formó algo parecido a una esfera de luz**. Las niñas quedaron atemorizadas por aquel fenómeno inesperado. Tenían tanto miedo que incluso eran incapaces de gritar».

«De repente, **la esfera luminosa se entreabrió y apareció dentro un niño muy pequeño. El bebé sonrió** a la clase, pero no dijo nada. Como recordaban luego las que habían participado en este acontecimiento extraordinario, se trataba de un bebé “hermoso como nunca antes ellas habían visto”, y **su presencia “era de una inmensa dulzura”**. El niño **“estaba vestido de blanco y parecía un solecito”**».

«**Las alumnas dejaron de sentir temor y la alegría se adueñó de ellas**. Algunas niñas se quejaban de que les dolían los ojos por el resplandor que irradiaba Jesús. Otras, en cambio, podían contemplarlo sin problemas. El bebé no decía nada, solamente sonreía. **Al final, desapareció en la esfera de luz, la cual también se fue difuminando poco a poco**. La puerta, sin embargo, se cerró igual en silencio».

Un silencio, unos gritos, una oración...

«Todo este hecho duró... ¿un instante, un cuarto de hora, una hora? En esta cuestión hay diversidad de pareceres. Con toda seguridad no debió superar el límite de tiempo que marca lo que dura una clase. Las niñas no salían de su asombro y **de la impresión eran incapaces de emitir cualquier sonido**».

«El silencio lo rompieron, no obstante, los **gritos estridentes de la maestra: “¡Ha venido, ha venido!”**. A continuación, salió corriendo del aula, dando un portazo tras de sí. Ángela, en cambio, “parecía salir de un sueño”. Ella dijo simplemente: “¿Lo veis? Él existe. Y ahora, vamos a darle las gracias”. Todas **las niñas se pusieron sumisamente de rodillas y rezaron** el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria. Después sonó la sirena del colegio y las alumnas salieron al recreo».

«Esta historia, evidentemente, se difundió enseñada, puesto que doña **Gertrudis repetía sin**

cesar: “¡Ha venido! ¡Ha venido!”. En tal estado no podía quedarse más tiempo en la escuela. Al final de todo, **la internaron en un hospital psiquiátrico. Intenté verme con ella, pero fue en vano**, ya que no estaba permitido a los sacerdotes entrar en un centro para enfermos mentales. Ángela, en cambio, al acabar la escuela se dedicó a ayudar a su madre, cuidando de sus hermanos pequeños. Pienso que la vocación iba madurando despacio en ella, pero desde que abandoné Hungría no tengo noticias al respecto», concluye la narración que redacta Winowska a partir de las palabras del sacerdote húngaro.



María Winowska (1904-1993).

Seis décadas después

En 2015 han pasado 60 años desde los hechos y hace mucho que cayó el comunismo en Hungría. Las niñas —parece que fueron varias las que contaron el hecho al párroco— hoy tendrían 70 años. El pueblo de los hechos no se conoce, aunque el sacerdote dijo en su momento que «esta historia, evidentemente, se difundió enseguida». Pero el detalle del tamaño del pueblo, que se conozca que era la clase 4º A (un detalle importante para unas niñas), que sucediera ante varios testigos, que Ángela cambiase de posición colocándose en el centro de la clase, el detalle de la puerta que se abre (¿no basta con la aparición de una luz?), el hecho de que el Niño no diga nada y que tampoco esté la Virgen, el miedo primero, el silencio reverente después, la oración final... **Todos esos datos dan credibilidad al relato**.

Cuando Winowska lo publicó en plena Guerra Fría, sin duda reforzó la fe y la esperanza de muchos cristianos a ambos lados del tiránico Telón de Acero. (cf. religionenlibertad.com). ✧